AÑO III — BARCELONA 3 DE MARZO DE 1884 — NÚM. 114

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA FUENTE MILAGROSA cuadro por F. Wagner

Ministerio de Cultura 2006

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—REMEDIOS *(conclusion)*, por don Angel R. Chaves.—LA BUENAVENTURA, por don Vicente Colorado.—LA LEYENDA DEL KIRGHIZ, por don Adolfo Llanos.—LOS DIAMANTES, por don Cecilio Navarro.

GRABADOS.—LA FUENTE MILAGROSA, cuadro por F. Wagner.—¡CUANTO TARDA! cuadro por J. E. Saintin.—LA LUNA DE MIEL, cuadro por Leopoldo Roca.—CHIMENEA DEL SIGLO XVII.—SEPULCRO DE EDUARDO EL CONFESOR EN LA ABADÍA DE WESTMINSTER.—EL PRIMER CUARTETO FEMENINO AUSTRIACO.—EL TIEMPO PRECIPITANDO LAS HORAS, reloj modelado por Gustavo Doré.

NUESTROS GRABADOS

LA FUENTE MILAGROSA, cuadro por F. Wagner

Esta sencilla composicion está impregnada de poesía: todo en ella respira plácida calma, todo ayuda á la contemplacion piadosa; no hay un solo objeto que desentone la armonía de la naturaleza, teatro de una peregrinacion agradable, fundada en una creencia que únicamente puede contradecir un alma depravada.

Una combinacion rústica, un artificio primitivo, hace brotar del árbol de una cruz el límpido caño de una cristalina fuente. Los pobladores de la comarca creen devotamente que las flores empapadas en esa agua poseen virtudes milagrosas; y á esa fuente acuden las almas enamoradas y las almas inocentes, es decir las madres y las tiernas criaturas, á humedecer sus ramos en el caño de la divina munificencia. Cada uno de esos ramos representa un dolor ó una esperanza, pero representa, á mayor abundamiento, un tesoro de fe, un caudal inmenso de esas creencias que nunca serán suplidas por filosofía alguna, por mucho abuso que desgraciadamente se haya hecho de ellas.

Amargas decepciones nos impiden poner en los hombres nuestra confianza. ¿En quién la pondremos, entónces, cuando nos hayan enseñado á no ponerla en Dios? Cuando llegue ese dia, ya no llevarán las niñas sus ramos á la fuente milagrosa; pero ¿á dónde volverán sus ojos las madres cuando el doctor las diga que la ciencia es impotente para salvar á sus hijos?....

¡CUÁNTO TARDA!, cuadro por J. E. Saintin

Nunca es agradable esperar, habiendo muchas circunstancias en la vida en que la expectativa es cruel, y en que ora nos impacienta, ora excita en alto grado nuestro sistema nervioso; ya nos aburre ó bien nos desespera, ya en fin nos sume en un estado de intolerable melancolía, segun la persona ó el objeto causa de aquella. Bajo esta última impresion se encuentra la hermosa jóven de nuestro grabado. «¡Cuánto tarda!» dice para sí, y estas solas palabras unidas á la expresion de su rostro, son, más bien que una reconvencion, prueba evidente de un amor tan profundo como sincero, pues no revelan en ella despecho ni ira de la ofensa inferida con la tardanza á su amor propio, sino cariñoso sentimiento por no ver llegar tan pronto como deseara al hombre á quien ha entregado su virginal corazon, y al cual deben llenar de gozo esas palabras y esa melancolía que tan vehemente correspondencia á su pasion demuestran.

El cuadro de Saintin es tan sobrio en detalles como perfectamente trazado: la figura de la jóven tan simpática como expresiva, y los efectos de claro-oscuro, fielmente reproducidos en el grabado por el diestro buril de Brend'amour, dignos de tan aventajado artista.

LA LUNA DE MIEL, cuadro por Leopoldo Roca

Insiguiendo nuestro propósito de reproducir en la ILUSTRACION ARTÍSTICA por medio del grabado algunas de las obras que figuran en la *Exposicion Parés*, insertamos hoy la copia de un cuadro de nuestro jóven compatriota Leopoldo Roca, el cual ha escogido como asunto del mismo una de esas escenas venecianas del siglo XVI, por tantos artistas representadas. La obra del Sr. Roca se distingue sobre todo por el vigor del colorido, y en su conjunto demuestra que su jóven autor, entusiasta por la carrera que ha abrazado, puede llegar con el estudio é inspirándose en las obras de los grandes maestros, á ser un artista distinguido.

CHIMENEA DEL SIGLO XVII

No cabe dudar que los adelantos modernos en el arte de la construccion han simplificado y hecho más cómodos los medios de calefaccion de las habitaciones, sustituyendo las monumentales chimeneas de los pasados siglos con las estufas y aparatos de gas, carbon de piedra, etc., hoy puestos en uso: pero el arte escultórico y la elegancia y suntuosidad que aquellas comunicaban á las estancias de nuestros aatepasados han perdido mucho con estos. Una prueba de ello es la bella chimenea del siglo XVII perteneciente á una casa señorial inglesa, que representa nuestro grabado, y la cual es de admirar así por la armonía de sus líneas como por la sencillez de su ornamentacion que realza la de la cámara en que está colocada.

SEPULCRO DE EDUARDO EL CONFESOR, en la abadía de Westminster

Entre las varias construcciones curiosas que conserva en su recinto la célebre abadía inglesa, las que más llaman la atencion del extranjero lo propio que del hijo del país, son los sepulcros que forman el panteon de los hombres eminentes de Inglaterra, reyes, guerreros, políticos ó escritores: panteon que ha llegado á ser una Walhalla nacional, donde reposan cuantos dieron fama y gloria á su patria. La serie de sepulcros reales, comprende, en casi no interrumpida sucesion, desde Eduardo el Confesor, fundador de la primitiva abadía, hasta Jorge II. La tumba del primero, mandada construir por Enrique III en el nuevo monasterio, es notable por su antigüedad y por su original arquitectura; pero su pristino esplendor ha desaparecido ya; la cubierta de madera que se colocó por disposicion de la reina María no sustituye dignamente la magnífica lápida de otro tiempo, y las sagradas reliquias que tanto respeto inspiraron en las pasadas épocas fueron diseminadas en tiempo de la Reforma, no siendo tampoco recomendable su actual estado de conservacion. De todos modos, como obra artística de tan apartado período es digna de consideracion y de estudio.

EL PRIMER CUARTETO FEMENINO austriaco

No hace muchos años recorrió algunos países del Centro y Norte de Europa un cuarteto de cantatrices, compuesto de cuatro beldades escandinavas, y ahora recoge grandes aplausos en Viena otro cuarteto, formado por las tres hermanas Fanny, María y Amalia Tchampa y por Mariana Gallowitch, hijas de Estiria, las cuales acaban de regresar á la capital despues de haber dado en muchos países conciertos vocales que consisten principalmente en canciones populares las cuales entonan con admirable ajuste y perfecta concordancia.

Sus voces, si bien puras y agradables, no son de gran volúmen ni de mucha extension. La de Fanny es de soprano, la de Amalia de tenor, voz que por lo comun sólo posee el sexo feo; y las de las otras dos de contralto.

EL TIEMPO PRECIPITANDO LAS HORAS, reloj modelado por Gustavo Doré

Gustavo Doré ha muerto, pero como todos los artistas de verdadero genio, ha dejado obras que son cada dia más admiradas y que harán perdurable la fama y el renombre de que ya en vida pudo gozar. En las páginas de nuestro periódico hemos tenido ocasion de insertar reproducciones de algunas de ellas: hoy agregamos otra que da perfecta idea de la vigorosa imaginacion del artista y de que su mérito como escultor rivalizaba con su talento como pintor y dibujante.

Es un precioso modelo de reloj de sobremesa, que representa al Tiempo precipitando las Horas por la terrestre esfera, composicion digna de la inventiva del autor y de originalidad sobresaliente, y cuya descripcion juzgamos supérflua porque á primera vista se comprende la idea que la ha inspirado.

REMEDIOS

(Conclusion)

—Eres un cobarde, Andrés,—decia Remedios;—tu falta de resolucion hará que no nos casemos nunca. Tú eres pobre; mi madre no consentirá que hagas de mí tu mujer hasta que seas rico y en tu mano tienes el serlo cuando quieras.

—Déjame, Remedios, no me tientes la paciencia. Más tarde ó más temprano heredaré á mi tio el cura y más vale esperar un poco á tener que arrepentirnos toda la vida.

—Siempre esperando,—murmuró Remedios con marcado acento de mal humor.—Tu tio no tiene aún una edad avanzada, su salud parece hecha á prueba de bomba, y sobre todo, esos tios que dejan una pingüe herencia no se mueren nunca.

—¿Y qué le he de hacer, Remedios?

—Que ¿qué has de hacerle?.... oye, Andrés, lo que yo te digo es que no estoy resuelta á aguardar más tiempo. El hijo del escribano me asedia con sus requiebros y no espera más que yo abra la boca para poner á mis piés una fortuna que mal año para la de tu tio. Todas las muchachas de mi edad están ya casadas y me miran en són de burlas, vengándose así de que yo valgo más que todas ellas.... Puesto que tú no te decides, el hijo del escribano se alegrará.

—¿Y serás capaz de casarte con ese escarabajo, pequeñuelo y enteco, con una cara más amarilla que un cirio?

—¡Vaya si seré capaz! El domingo no pienses en sacarme á bailar, que yo te aseguro que sólo el hijo del escribano ha de ser mi pareja.

Andrés debió ponerse tan amarillo como aseguraba que lo era su rival. Guardó un momento de silencio y despues con un castañeteo de dientes que lo mismo pudiera ser efecto de un profundo terror como de una reconcentrada ira le oí que murmuraba:

—Remedios, mi tio ha sido para mí más que un padre. A él le debo cuanto soy, y de él espero la fortuna que me ha de hacer dueño de tu mano. Si como á Abraham Dios me enviara un ángel para que le tocara no más que al pelo de la sotana, no sé lo que haria. Pero cuando tú me amenazas con dar la mano á ese miserable, creo que tendré valor.... Mañana á la noche me dirás si soy cobarde. Tú lo quieres, verás de lo que soy capaz.

Aquel diálogo me habia hecho levantar la cabeza, y á pesar de la oscuridad me pareció que los ojos de mi prima despedian esas chispas fosforescentes que produce la piel de un gato negro cuando se le frota en las tinieblas. Andrés la miraba, presa de una extraña fascinacion. Se le hubiera tomado por uno de esos pájaros atraidos por el hálito de una serpiente.

Yo ví claramente que Remedios le cogia una mano y oí que le decia:

—Sobre todo es preciso que obres con cautela. El cariño que tu tio te profesa te pone á cubierto de toda sospecha, pero el testamento que tiene hecho á tu favor pudiera comprometerte. De tu prudencia depende todo. Ahora escucha lo que has de hacer.

No pude oir más. Las voces de la calle redoblaron, un ruido sordo y extraño estremeció el fangoso suelo que habia debajo de la ventana, y el miedo, volviendo á apoderarse de mí con mayor violencia, me obligó á esconder de nuevo mi cabeza bajo el cobertor.

Sólo llegaba á mis oídos, aunque cada vez más lejano, aquel rumor fatídico y siniestro que repetia sin cesar:

—¡Ya están ahí!

II

Los que estaban allí eran los franceses; porque no sé si me he olvidado de decir que estábamos en el comedio del año de 1809.

La última manifestacion de mi miedo habia sido un sueño tan profundo, que cuando me desperté ya el sol penetraba con una intensa claridad por aquella ventana, obstruida poco ántes por las figuras de Andrés y de mi prima Remedios.

Los rayos del luminar del dia me habian dado un valor de que durante la noche no me hubiera creido capaz, y sin titubear un momento salté del nada muelle lecho, sacudí mi cuerpecillo de una manera parecida á un perro que sale del baño y asomé á la calle aquella cabecita rubia y sonrosada de que ya he hablado, para inspeccionar lo que en el pueblo pasaba.

El espectáculo para mí no tenia nada de aterrador. Una larga fila de soldados ocupaba por completo la calle que se extendia á mis piés, como una inmensa culebra que se hubiera dormido en el seco caz de un arroyo.

Llevaban todos ellos unos chacós altísimos y tan anchos en su parte superior que parecian hechos para preservar á sus dueños de todas las inclemencias del cielo. Y por si aquella altura no fuera suficiente, unos plumeros largos y derechos como los cipreses del campo santo servian de alegre coronamiento á aquellas moles, á las que si hubiera estado en otra edad se me hubiera ocurrido comparar con pirámides escogidas para tumba por las águilas del Imperio.

Los correajes blancos, las inmensas cartucheras y las casacas azules con vueltas de grana que uniformaban á aquellos hombres les daban, á pesar del polvo y de las salpicaduras de barro que les cubrian, un aspecto tan alegre y tan marcial, que yo no hacia más que preguntarme por qué su llegada habia producido tal espanto.

Alentado por aquella impresion me aventuré por las calles tomando la direccion de la plaza y con asombro ví que ni un alma circulaba por ellas. Las puertas estaban cerradas á piedra y lodo, sólo alguna que otra ventana dejaba un ligero intersticio abierto como si álguien espiara detrás y un silencio de muerte reinaba en todas partes. Hasta por extraña coincidencia un perro lanzaba lastimeros aullidos delante de una reja de que se escapaba la claridad indecisa de cuatro cirios que alumbraba un cadáver que habia allí de cuerpo presente.

Todo parecia ser hostil; hasta el cielo que la noche anterior se habia mostrado claro y diáfano, se encapotaba entónces detrás de una cortina de apiñadas nubes tan sombrías como el odio de la tierra.

Sólo mi corazon infantil era el que se compadecia de aquellos soldados, protestando en silencio contra tanta injusticia. Sin embargo, bueno será que en defensa de mi patriotismo, haga constar que aquella protesta no tardó mucho en enfriarse un tanto.

Dos vecinos del pueblo, los únicos séres humanos que se veian en la plaza, deletreaban un papel que se acababa de fijar en una esquina y que no debia estar escrito en muy correcto castellano. Era un bando puesto por los franceses.

En él se amenazaba con la muerte á cualquiera que cometiese el más ligero acto de desobediencia á los caprichos de aquellos soldados que por lo visto se habian erigido por fuero propio en señores absolutos de nuestras vidas y haciendas.

La única disculpa que yo les encontraba, era la necesidad que debian tener de resistir á la pasiva oposicion que se les presentaba. Sin duda alguna sin el temor de que tales amenazas se cumplieran, nadie hubiera dado un jarro de agua á aquellos hombres.

Cuando estaba escuchando las últimas palabras del bando, un ruido de pasos que por una de las calles adyacentes se sentia me hizo volver la cabeza.

Cuatro franceses traian en una especie de parihuela á un hombre que vestia un uniforme todo lleno de galones de oro.

Mi curiosidad de niño me hizo acercarme. El hombre, que despues supe que tenia el grado de coronel, era un anciano de largos bigotes grises, de rostro enjuto y de mirada llena de esa seguridad que da la costumbre de mirar de frente á la muerte.

En el pecho de su casaca entreabierta se veia una cruz que debia ser la de la Legion de honor. Una de sus piernas iba profusamente entrapajada por haber sufrido un balazo en un muslo que le habia interesado el fémur.

La contraccion de sus facciones revelaba que los dolores debian ser horribles, pero ni una queja salia de sus labios que sólo tenian palabras para dar órdenes.

Aquel hombre era el jefe de la fuerza que se habia posesionado del pueblo.

—Muchacho,—me dijo en un idioma casi ininteligible y viendo que los dos que leian el bando me habian dejado solo en la plaza,—¿sabes á casa del cura?

—Sí,—respondí con orgullo,—es la única que conozco.

(c) Ministerio de Cultura 2006

—Pues guia y pronto, que ya tengo gana de que esta maldita pierna se vea libre de los vaivenes del camino.

El trayecto era corto. Como habia dicho muy bien al coronel francés, la única casa que habia visitado en el pueblo era la del cura, aunque sin tener ocasion de ver á su dueño, porque á nuestra llegada, segun nos dijeron, el digno sacerdote habia salido acompañado de su escopeta á una próxima dehesa con el objeto aparente de matar unos cuantos conejos, y con el verdadero de ver si columbraba el destacamento francés cuya venida se anunciaba ya.

En mi triste pensamiento parecia haber entrado un rayo de sol. La mano de Remedios que yo veia sin cesar señalando una víctima á un puñal que brillaba en las tinieblas, comenzaba á verla sujeta por una especie de ángel de bigotes grises y de uniforme galoneado. Indudablemente aquel militar iba alojado á casa del cura y su presencia aseguraria la vida del tio de Andrés.

Si yo hubiera tenido un poco más de resolucion ¡con qué placer hubiera contado al coronel el diálogo de la noche anterior!

Decididamente yo veia la venida de los franceses de muy distinto modo que los demás. Por lo pronto iba á evitar un crímen horrible.

Pensando en esto llegamos á la puerta de la casa del cura. Una fuerte aldabada resonó, y una cabeza pálida, desencajada y rugosa como el pergamino de un viejo breviario, se asomó á una ventana. Mejor que por una mujer se la hubiera podido tomar por una de aquellas brujas que contaba mi abuela que todavía en sus tiempos usaban los sábados el nada cómodo palafren de una escoba.

Asomarse y volverse á esconder todo fué uno. Sólo entre el estridente sonido de los estremecidos vidrios, oí un como á modo de chillido agudo é inarmónico que gritaba:

—¡Ya están ahí!

III

De las cosas que jamás he olvidado en mi ya demasiada larga vida, es la impresion que produjo en mí la vista del cura de aquel pueblo cuyo nombre no puedo recordar.

Todavía, á pesar de la larga fecha que va trascurrida, parece que estoy viendo aquel escaso mechoncillo de pelo gris que le caia sobre una frente que debia haber sido estrecha hasta que el cuero cabelludo se encargó con su ausencia de borrar toda idea de frontera; aquellos ojos pequeños y relucientes sombreados por dos cejas parecida cada una al lomo de un jabalí, aquellas mejillas grasientas y coloradas y aquella nariz cuyas líneas parecia haber destruido el inseparable pañuelo de yerbas, encargado de recibir el contingente de la abultada tabaquera de cuerno tan continuamente visitada por los callosos y velludos dedos de su dueño.

Su cuerpo de atléticas proporciones habia perdido toda su agilidad merced al prominente abdómen que marcaba perfectamente el raido paño de una sotana corta, verdinegra y deslucida que era todo su adorno. Su alzacuello, que delante casi quedaba oculto por una abultada papada, debia haber sido azul y blanco en sus buenos tiempos; pero la accion del sol y la de la intemperie le habian robado de tal modo los colores que mal año para el que se atreviera á marcar el principio del uno y el fin del otro.

Desde la primera ojeada se adivinaba en él un Nemrod atajado en la mitad de su carrera por la gota y la obesidad. Su bondad debia tener más de costumbre que de imposicion. Su sotana era sólo una transaccion con la chaqueta del cazador de oficio. Aquel hombre, en contraposicion á muchos de sus colegas, debia ser bueno sin saberlo.

Como detalle importante conviene hacer constar que á la sazon no era muy bien considerado en el pueblo. Frecuente era en aquella época oir contar que en tal ó cual parte habia ido un infeliz soldado de los enemigos de España alojado á una casa y que su dueño ó dueña, despues de haberle inspirado la más absoluta confianza con sus agasajos, habia aprovechado su sueño para arrojarle al pozo ó deshacerle la cabeza á martillazos. Tales rasgos, calificados de patrióticos por el comun de las gentes, merecian siempre las más acres censuras de la caridad cristiana del digno ministro del altar. Esto le habia hecho incurrir en la nota de afrancesado, y tal nota bastaba entónces para eclipsar las más relevantes virtudes.

Cuando llegamos al umbral de la estancia que le servia de despacho, de sala de recibo y de comedor, acababa de trasegar un enorme jicaron de chocolate y repasaba un pequeño volúmen que lo mismo pudiera ser un libro de oraciones que un manual de cetrería.

Aunque sin duda alguna ya esperaba la visita, ni se movió siquiera del anchuroso sillon de vaqueta claveteado de bronce dorado en que reposaba su corpulenta humanidad, y dignándose sólo alzar la cabeza, murmuró con una voz entre mal humorada y cortés:

—¡Adelante quien sea!

Y como por toda contestacion uno de los soldados le mostrara un papel que debia ser la boleta de alojamiento de su jefe, añadió:

—Bueno, bueno, ya me figuro lo que es esto. Aquí no hay grandezas, pero ya que la suerte lo quiere comerá de lo que hay y dormirá en una cama más ó ménos blanda.

Y al decir esto trató de ponerse de pié, pero como no lo hiciera tan rápidamente como hubiera deseado, dió un fuerte puñetazo en la mesa en que acababa de dejar el libro, no sé si molestado por la gota ó por la visita.

El coronel francés, entre tanto, apoyado en los brazos de los que le habian conducido, apareció en la estancia.

El cura al verle, á pesar de su mal entendido patriotismo, sintió un movimiento de compasion.

—¿Está V. herido, militar?—preguntó.

—Sí,—contestó el interpelado en mal castellano,—los españoles tienen Vds. la cabeza dura y se han propuesto no dejar uno de nosotros sano; su proverbial hidalguía deben haberla agotado ántes de que pasáramos la frontera.

El cura le miró con mal reprimido enojo y contestó:

—Si la hidalguía consistiera en dejarnos pisar por el primer advenedizo que se le antojara apoderarse de nuestras vidas y haciendas y hacer pesebres para sus caballos de los altares en que se veneran las santas imágenes que adora nuestra fe, le juro á V., militar, que yo seria el primero en renegar de esa hidalguía. Pero dejemos estas cuestiones y vamos á lo que importa. Esa pierna necesita un buen lecho en que descansar; la fiebre no tardará en sobrevenir y es preciso que cuando les hagamos volverse á esa condenada Francia de que no debian haber salido nunca, no puedan decir que los que les rompemos los huesos en el campo, no se los curamos cuando de mejor ó peor gana les damos hospitalidad.

El coronel le tendió la mano, murmurando:

—¡Así me gusta que hablen los hombres!

Pero el sacerdote le volvió la espalda. Su caridad cristiana habia dicho todo cuanto tenia que decir y era fuerza dejar hablar á su patriotismo.

Si los que le tachaban de afrancesado hubieran presenciado aquella escena, de seguro hubieran rectificado la opinion que su españolismo les merecia.

Despues sólo se oyó la voz áspera del clérigo dando órdenes para que se trasladara á su misma cama al herido. Yo estuve dando vueltas alrededor de este último, pensando cómo le contaria lo que habia oido la noche anterior; pero al verse solo empezó á prorumpir en tales juramentos, que aunque yo no los entendia, haciéndome perfectamente cargo de lo que debian significar, sentí tal miedo que me dí á correr sin ocuparme de otra cosa que de ponerme en salvo.

Lo único que debo confesar es que al entrar en mi casa sentí todavía más pavura al mirar la cara tranquila y risueña de mi prima Remedios.

IV

Sin la preocupacion que tenia embargados los ánimos, todos hubieran notado mi azoramiento durante aquel dia; pero harto tenia cada cual con pensar en sí para ocuparse de los temores de los demás. Sólo Remedios me pareció que dos ó tres veces me miraba con unos ojos que querian penetrarme hasta el fondo de las entrañas.

A la caida de la tarde me tranquilicé bastante. No pudiendo resistir mi impaciencia, á pesar de la órden terminante que se me habia dado de no moverme de casa, me escapé para rondar los alrededores de la del cura, y con gran regocijo ví que el coronel francés habia hecho poner doble centinela á la puerta. Con esto estaba parado el primer golpe. Miéntras él estuviera allí no habia cuidado alguno.

Al dar la vuelta á mi morada encontré á mi prima hablando en el zaguan con Andrés. Este estaba pálido como un difunto. Ella, que durante el dia se habia informado minuciosamente de cuanto habia yo visto en casa del cura, debia estarle dando instrucciones. Por si con ello pudiera salir al encuentro de sus planes, me apresuré á dar la noticia de la doble centinela; pero cuando creí que esto contrariaria en extremo á Remedios se me figuró ver en sus ojos un relámpago de satisfaccion. Miéntras yo subia precipitadamente la escalera, mi prima estrechó significativamente la mano á su novio y ambos se separaron.

Aquella noche fué para mí la antítesis de la precedente. Las agitaciones del dia, el pasado insomnio y la tranquilidad que casi por completo habia recobrado contribuyeron á darme uno de los sueños más tranquilos y más profundos de mi vida. Sin embargo, estaba de Dios que no habia de disfrutar por largo tiempo del reposo, y apénas los primeros albores del dia se dibujaban en el horizonte, una extraordinaria agitacion que tanto en la calle como en las otras habitaciones se notaba me hizo saltar del lecho y correr precipitadamente á la ventana.

Algunos soldados franceses corrian de una parte á otra con visible azoramiento; yo no podia entender las frases que al paso se cruzaban, pero su gesto y su entonacion me dejaban adivinar que algo grave excitaba su encono y los traia inquietos y mal humorados.

Un temor instintivo me hizo separarme de la ventana y mi primer impulso fué volverme al lecho; pero como la curiosidad pudiera más en mí, me vestí con premura y sin aguardar á que me llamaran para desayunarme bajé la escalera que me separaba de la pieza en que solia reunirse toda la familia.

En ella estaban ya congregados no sólo la gente de casa sino algunos extraños, los cuales daban cuenta en voz baja pero agitada del extraño suceso que habia puesto en conmocion al pueblo entero. Yo entré sin que nadie se fijara en mí y me acurruqué en un rincon. Lo primero que noté fué que el semblante de mi prima Remedios estaba extraordinariamente pálido y que sus ojos, que me parecian entónces más grandes y de una mirada más profunda, se volvian inquietos de una parte á otra.

—Yo siempre lo habia dicho,—murmuró uno de los narradores,—el Sr. Cura no ha sido jamás afrancesado. Con más talento que nosotros meditaba un plan y para llevarlo á cabo aparentaba condenar cuantas cosas se hacian en los pueblos vecinos contra los gabachos.

—A pesar de todo,—replicó otro,—no me acabo de convencer de que haya sido él el solo autor de la muerte del coronel.

—Pues la cosa no ofrece duda. La puerta ha quedado no sólo cerrada sino custodiada por dos centinelas, nadie ha penetrado en la casa durante la noche, y sin embargo, cuando sus subordinados han entrado en la alcoba en que creian que descansaba su jefe, se le han encontrado cosido el pecho á puñaladas.

—Pero en cambio se ha hallado tambien al sacerdote durmiendo con la mayor tranquilidad en el lecho que se habia hecho improvisar al otro lado de la casa.

—Eso sólo prueba que su patriotismo habia hecho de antemano el sacrificio de su vida.

Al oir esto, un sudor mortal bañó todo mi cuerpo, mis ojos se anublaron y mis oidos no escucharon ya más que un zumbido sordo y profundo. Para mí las cosas habian pasado de otro modo. Andrés penetrando por las tapias del corral habia buscado á oscuras á su tio y el haberme olvidado de advertir á Remedios el cambio de camas habia dado por resultado la muerte del coronel. Por un momento creí que mi imprevision habia salvado la vida del digno clérigo.

Pocos momentos bastaron, sin embargo, para convencerme de que lo que yo creia imprevision de parte de los perpetradores de aquel crímen no era más que un exceso de astucia.

Un nuevo interlocutor, entrando pálido y azorado en la estancia, murmuró:

—Roguemos á Dios por el alma del Sr. Cura. Esos perros descreidos le llevan á fusilar.

Entónces un supremo esfuerzo me hizo levantarme. Mi garganta iba á prorumpir en un grito; pero los ojos de Remedios se clavaron en mí de tal manera que me impidieron hablar.

En aquel momento sonó una descarga de fusilería. Todos á una y como movidos por un resorte cayeron de rodillas exclamando:

—¡Que Dios haya recogido su alma!

Sólo yo no pude unir mis preces á las de los demás. Un síncope me habia privado del conocimiento.

V

Una peligrosa enfermedad que me tuvo á las puertas de la muerte, hizo que á pesar de los peligros que ofrecian los caminos, me sacaran de aquel pueblo ántes de que pudiera darme cuenta de nada. Sólo el vigor de mi naturaleza y los cuidados que se me habian prodigado pudieron salvarme. Durante el delirio debí decir cosas espantosas. Pero ¿quién hace caso de lo que dice un chiquillo atacado de una fiebre?

Sólo ya cuando los franceses habian evacuado nuestro territorio y habian pasado años enteros de aquellos sucesos volví á aquel pueblecito de la torre alta y las casas bajas. Mi prima Remedios era madre de un hermoso niño y dueña de una cuantiosa fortuna. Su marido Andrés habia tenido el mal acuerdo de amanecer una mañana colgado de las ramas de uno de los olmos del huerto de su casa, no sin dejar ántes una carta diciendo que á nadie se culpara de su muerte.

En cuanto al buen cura, he leido posteriormente en muy sérias historias su nombre. De seguro que si él pudiera oir los encomios que arranca á los historiadores el bárbaro acto de patriotismo que se le atribuye, aquellas alabanzas le harian más daño que las censuras que en vida le dirigian los que le daban por afrancesado.

Para concluir ¿creerán Vds. que les voy á contar desventuras y lástimas de mi prima Remedios? Todo al contrario. Las noticias que siempre he tenido de ella me la pintan rodeada de toda suerte de prosperidades y satisfacciones. Pero ¿puede llevar esto el desconsuelo á las almas que cifran todo su conato en practicar el bien? Muy léjos de ello. Tales injusticias de aquí abajo son las que hacen persistir en la esperanza de que hay una justicia inmutable allá arriba.

Al verme cargado de años, confieso que me estremece el tener que dar cuenta ante ella del silencio que guardé cuando mi cabecita era rubia y sonrosada como la de los alados querubines de un retablo.

ANGEL R. CHAVES

LA BUENAVENTURA

I

—Mañana es tu santo, María.

—Sí, Jorge; mañana hace siete años que nos casamos.

—Esta tarde, cuando vayais á buscarme al taller, pediré al maestro el jornal de la semana é iremos con el chico á la Vírgen de la Paloma, nuestra santa patrona, á quien, como todos los años, mandaremos decir la misa del alba para que vele por nosotros.

—Y despues...

—Despues nos pasaremos por casa del compadre á invitarle para que venga al campo con nosotros y diga lo que le apetece el cuerpo para añadirlo á la merienda.

—Buen gloton está el compadre.

—Es alegre y dicharachero como un diablo. Tiene buen vino; y, en cuanto levanta el codo y empina á su sabor, se le ocurren unas cosas, que á mí me hace reventar de risa.

—¡Qué dia nos espera!

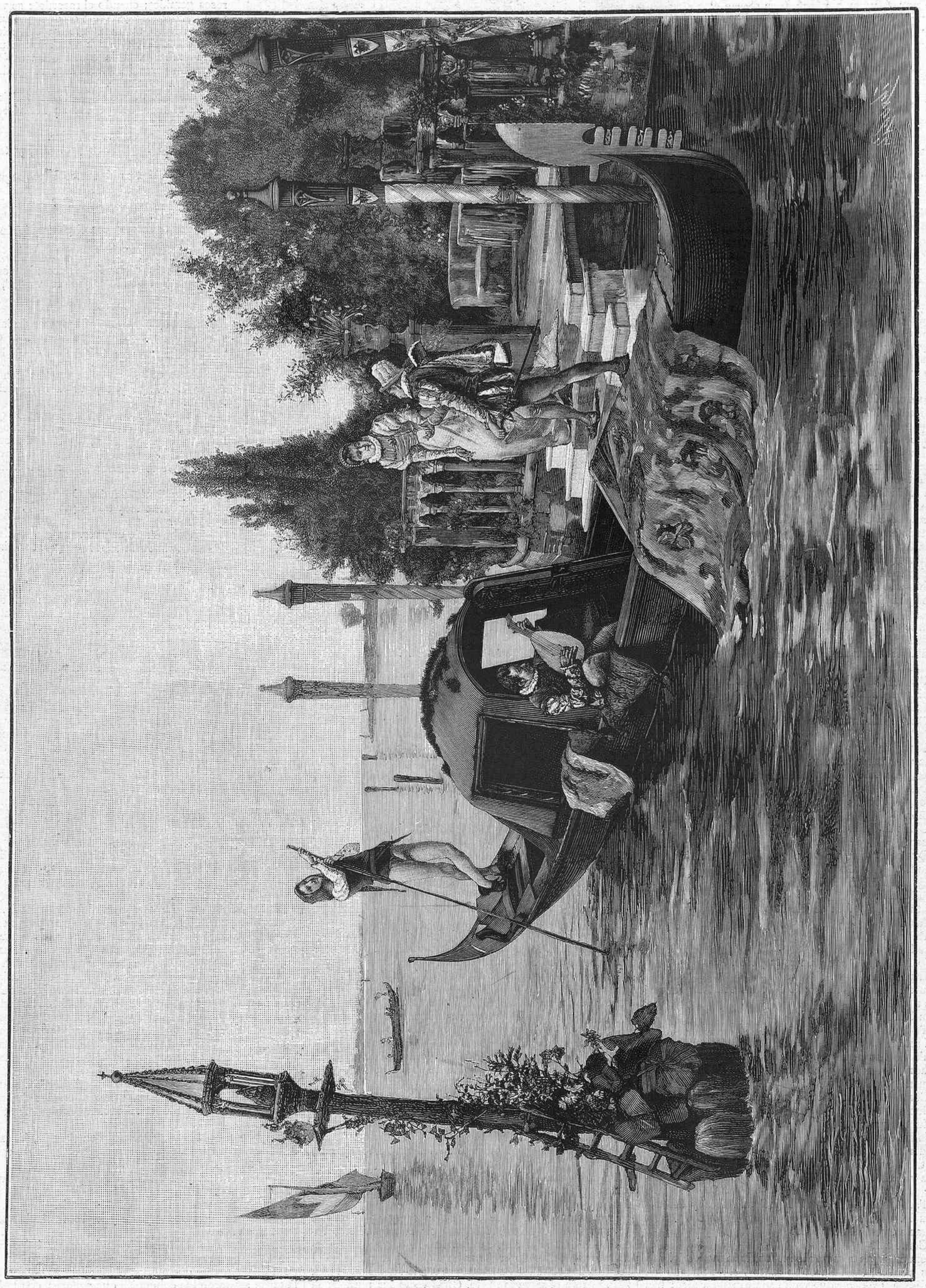
—Uno al año no hace daño, mujer.

Ministerio de Cultura 2006

¡CUÁNTO TARDA! cuadro por J. E. Saintin

(c) Ministerio de Cultura 2006

EXPOSICION PARÈS



LA LUNA DE MIEL, cuadro por Leopoldo Roca

Ministerio de Cultura 2006

—Luégo vendrán los apuros.

—¡Y quién piensa en eso ahora! Miéntras haya salud y trabajo, ancha vida. ¿Cuándo vas por el pequeño? Tengo un hambre que no veo.

—Valiente Judas tenemos en casa. Esta mañana, entre él y el gato, me han roto una cazuela... ¡Le voy á matar!

—Ya será algo ménos.

—Rompe trajes que es un gusto. Toda la calle de Toledo seria poco para él.

—Es un muchacho y necesita jugar y divertirse. Anda, anda, tráele de la escuela pronto.

María se echó un manton sobre los hombros, se anudó un pañuelo de seda bajo la barba, y, cogiendo el llavin de la puerta, salió á paso largo diciendo á su marido:

—Ten cuidado no se pegue la sopa.

—¡Bendita sea la hora en que nací, bendita mi mujer, bendito mi hijo y bendita la Vírgen de la Paloma á quien debo tantas cosas buenas como se ha servido darme!

Así decia entre dientes Jorge al par que liaba un cigarrillo de papel que fué á encender á la hornilla sobre la cual hervia una cazuela de sopas de pan á las que el azafran daba un hermoso color de oro viejo.

Despues de la comida Jorge volvió al taller, el pequeño á la escuela y María quedó fregoteando y barriendo todos los rincones de la casa.

Era un matrimonio feliz, como lo son casi todos los de la gente artesana, la cual, distraida por el trabajo y las labores de la casa, desconoce en su mayoría esos vicios que engendran la miseria, la envidia y la ambicion de quienes no teniendo nada quieren poseerlo todo.

A la caida de la tarde, María, más limpia que una patena, fué á recoger á su hijo á quien saludó con dos ó tres cachetes, pues el condenado habia limpiado con los pantalones los ladrillos de la escuela y estaba que no habia por donde cogerle.

Lloriqueando lo arrastró su madre por la mano hasta la calle de Embajadores, en donde trabajaba el padre en un taller de ebanistería.

Cuando éste les distinguió dejó la esponja del barniz y dijo dirigiéndose al maestro:

—Allá vienen mi mujer y el chico.

—Padre, padre.

—¿Por qué lloras? Los hombres no lloran nunca; ¿entiendes? ¿Quién te ha pegado?

—Madre.

—¿Qué le has hecho?

—Nada.

—¿Y por nada te pegan? ¡Por vida del chápiro! Vamos, da un beso á este señor.

—Límpiale ántes; no vaya á llenarle al maestro la cara de mocos.

—Ven, hombre, ven. Ya estás limpio. Da un beso á este señor.

—¿Cómo te llamas?

—Juan.

—¿Qué más?

—Rodriguez.

—¿Qué más?

—Nada más.

—Y tu madre ¿cómo se llama?

—María.

—¿De qué?

—Rodriguez.

—No, hombre, Rodriguez es tu padre.

—Mi padre es Jorge.

—Bueno, hombre, bueno; toma estos cuartos. ¿En qué los vas á gastar?

—En banderillas.

—¿Te gustan los toros?

—Sí señor.

—¿Te lleva tu padre á la plaza?

—Padre, no: madre me lleva á la plaza de la Cebada.

—Bueno, hombre, bueno.

—¿Cómo se dice á este señor que te ha dado los cuartos, galopin?

—Muchas gracias.

—No las merece.

—Bueno.

Del taller bajaron á la Vírgen de la Paloma, pagaron su misa y de allí subieron á la Cava Baja á casa del compadre.

—¡Tanto bueno por aquí! Coged una silla y sentaos en el suelo.

—Gracias, venimos de prisa.

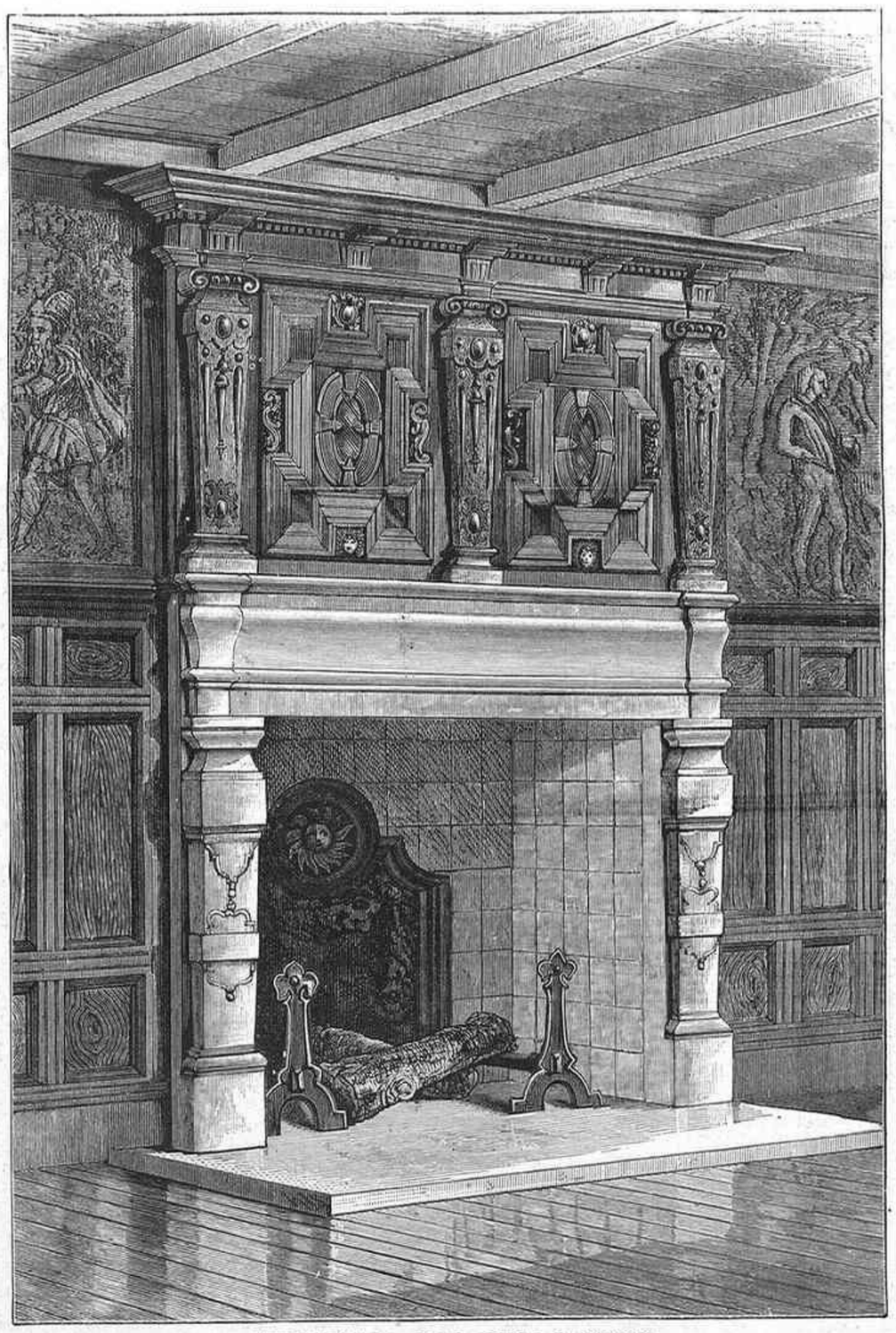
—¿Cómo así?

—Tenemos que comprar los avíos de la merienda.

—Es verdad; mañana es tu santo y el aniversario de vuestra boda. ¡Y decir que yo he apadrinado á estos tres gandules! No me lo perdonaré nunca.

—Contamos contigo mañana.

—Pues no faltaba otra cosa. No olvidarse del carnero asado; los caracoles y los callos con mucha guindilla ¿eh? Que conviden á beber; ya sabeis que no hay fiesta sin vino.



CHIMENEA DEL SIGLO XVII

—¿No se te ofrece más?

—Un par de latas de pimientos.

—¡Echa por esa boca!

—Que no seais tacaños; el año anterior aguasteis el vino y tuve un cólico que por poco me ahogo. ¿Quereis que os acompañe? Beberemos unas copas. Por la víspera se conocen los dias. ¡Ea! vamos á remojar el gaznate.

—Parece usted una cuba rota; nunca se ve harto.

—Y qué quieres, hija, qué quieres, la vida hay que pasarla á tragos.

La noche trascurrió alegremente; se bebió, se cantó y se rió de lo lindo. El trabajo y la faena fueron para la pobre María que anduvo guisoteando, fregando y colocando en un gran cesto la merienda, sin desatender al chico que daba más guerra que un regimiento.

A las dos de la mañana todos dormian.

II

Amaneció un dia hermoso, el cielo despejado y fresca la temperatura, los cuales convidaban á correr y revolcarse sobre la hierba apénas naciente.

Cuando llegaron los cuatro á la Vírgen de la Paloma ya habia terminado la misa del alba.

Esta contrariedad les disgustó grandemente, sobre todo á Jorge, espíritu preocupado y supersticioso que creia á puño cerrado en brujas y en agüeros.

—¡Mal principia el dia! refunfuñó sordamente.

—Hombre, no seas caviloso, le dijo su mujer; oiremos la primera misa que digan, y, santas pascuas. Lo mismo da una que otra.

—No es lo mismo. La primera era por nosotros; la Vírgen nos esperaba y la hemos desairado, durmiendo como unos puercos.

—Y ya ¿qué se ha de hacer? La Vírgen nos perdonará si la hemos faltado, como dices. Bien sabe Dios que no ha sido nuestra intencion esa.

Al salir el sacerdote de la sacristía para dirigirse al altar, sus piés se enredaron en un largo descosido de la alfombra y estuvo á punto de caer.

Jorge sintió que se le cuajaba la sangre; ¿qué tristes presagios eran aquellos? No pudo oir la misa con devocion; sus ojos vagaban de uno á otro lado inquietos y temerosos, observando las fórmulas del rito y sorprendiendo mil detalles extraños que jamás se habian mezclado hasta entónces en el sagrado oficio. Otras veces sus miradas se clavaban recelosas en el altar; la Vírgen parecia estar más triste que nunca... ¡cualquiera diria que lloraba! Los santos que por el templo se extendian tenian todos ellos fijos en él los ojos; sus brazos de madera temblaban bajo sus vestiduras de pino.

La misma oscuridad de la iglesia no era natural, porque el dia era claro y alegre; los vibrantes sonidos de la campanilla se le antojaron dolorosos gemidos; cuando el sacerdote se volvió para bendecirlos, ¡extraña casualidad! su mano se detuvo un momento en direccion á Jorge como si le señalara entre la multitud.

Sin embargo, á la salida del templo, la impresion pareció borrarse ante el bullicio y la algazara de la calle.

Se dirigieron hácia la fuente de la Teja.

A la entrada del puente se detuvieron á tomar unas copas.

—A la salud de V., comadre.

—Que le haga buen provecho, y tantas gracias.

Jorge bebió tres ó cuatro copas seguidas sin decir palabra alguna.

—¿Qué mosca te ha picado?

—No lo sé.

—¿Saliste de casa con el pié izquierdo ó te hallaste con un cojo?

—Es posible.

—Vaya otra copa y fuera penas; hoy es dia de bailar y divertirse; ¿no es verdad, comadre?

—Es cierto, es cierto.

Jorge seguia preocupado á pesar de las excitaciones de su compadre Miguel, el cual, dispuesto á divertirse á toda costa, sacó partido de la murria de su amigo para hilvanar una porcion de frases y de bromas con que matar el tiempo y esperar la hora del almuerzo.

—Créame V. á mí, señora María, lo que á éste le escarabajea el alma es un sueño que tuvo la otra noche; sí, señora; un sueño que tuvo la otra noche; ni más ni ménos. Perdona si te descubro, yo no sé callarme nada.

—¿Y qué sueño fué ese?

—Un sueño muy triste; ¿no ve V. la cara que tiene?

—Acabe V. de una vez.

—Pues la otra noche soñó que se moria del garrotillo.

—¡Ave María purísima!

—Y sus angustias no provenian de que se le apretase la nuez, sino de lo que seria de su mujer y su chico, despues que él cerrara el ojo. Figúrese V., comadre; ¡como si no quedara yo en el mundo!

—Dios no lo quiera.

—¿Que yo quede en el mundo? Tantas gracias por la fineza.

—No lo decia por eso.

—Pues mire V.; por nadie en el mundo haria yo otro tanto. Aquí donde V. me ve, he tenido novias muy guapas y jóvenes, que se morian por estos pedazos que se han de comer la tierra. Pero ¡que si quieres! ninguna me ha pescado. ¿Yo casarme? no en mis dias. El buey suelto bien se lame. Todo ménos casaca. ¡Eso sí! por un amigo hago yo cualquier barbaridad; y si este cerrase el ojo, pongo por caso, no tendria inconveniente en sustituirle. Así como así, ya voy estando achacoso y...

—A otro perro con esa pedrada.

—Y luégo, que V. tambien se lo merece.

En estas y otras cosas llegaron á la fuente de la Teja. El sol calentaba bastante; buscaron un sitio de fresca sombra y, al pié de un grupo de árboles, se sentaron y tendieron sobre la hierba.

El lugar, aunque no una cosa del otro mundo, era pintoresco y alegre. A uno y otro lado se extendian calles de árboles, entre las cuales se veian pequeñas y blancas casitas de vecindad, en cuyas plantas bajas se guisaba de comer y vendian vino. Los columpios y caballos del *tio vivo* ocupaban un buen trecho; á la derecha corria la tapia de la Casa de Campo sobre cuyas bardas asomaba verde y tupido ramaje; á la izquierda los largos tendederos del rio mostraban al aire y al sol multitud de prendas de lienzo blanco; los cantares de las lavanderas, el gorjeo de algunos pájaros, el silbato de la locomotora de trasporte y la campana de la ermita de San Antonio formaban dulce y arrullador concierto.

Nuestros cuatro amigos, despues de haber descansado y fumado algunos cigarrillos, comenzaron á animarse y á correr de un lado para otro. A la hora del almuerzo todos estaban contentos.

Se puso sobre el mantel, tendido en el suelo, la cazuela del cordero asado, otra de arroz con corazon de vaca y huevos duros; despacharon ésta, y, en seguida, Jorge con la punta de la navaja abrió una lata de pimientos y la vació sobre el asado.

—Deja algunos para la tarde, dijo María.

Almorzaron con buen apetito y la bota del vino se renovó dos veces.

Ya calientes de cascos se dieron á correr y á dar volteretas por el suelo diciendo chicoleos á las lavanderas que por allí pasaban y cuchufletas á los transeuntes. Entrada la tarde asaltaron los columpios que agitaron con toda la fuerza de sus puños, pasando de allí á poco á los caballos de madera que describiendo siempre el mismo círculo giran y giran con tal velocidad, que fuera bastante á marear cabezas más firmes que las suyas.

Llegada la hora de la comida María puso sobre el mantel, ya sucio y pringoso, las cazuelas de los callos y los ca-

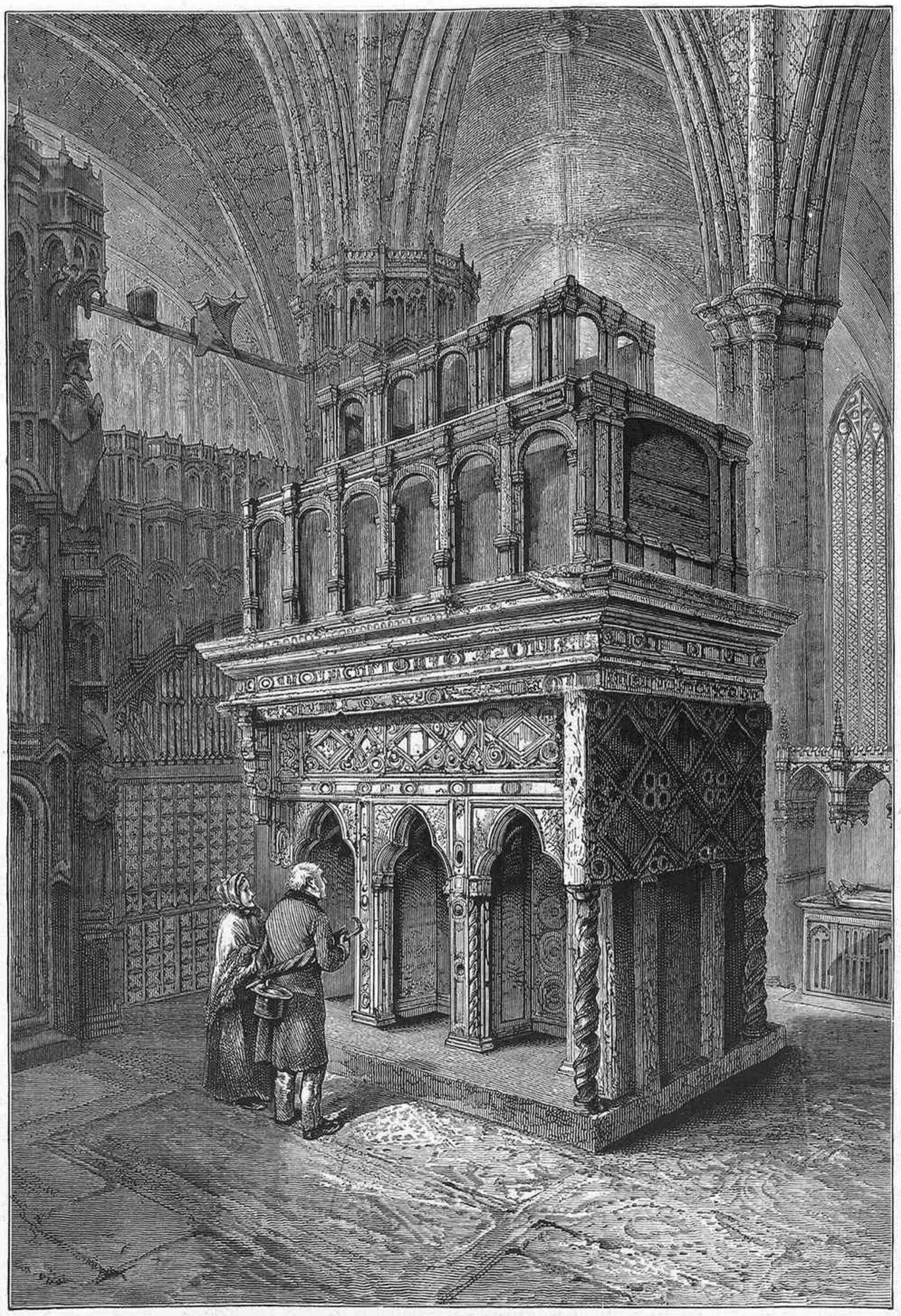
(c) Ministerio de Cultura 2006

racoles, los cuales fueron saludados con entusiastas aclamaciones. La guindilla habia sido prodigada á manos llenas. Cada bocado requeria un buen trago de vino.

Miguel y Jorge estaban completamente borrachos; aquél decidor y alegre, éste triste y cabizbajo. Miguel con la insistencia y terquedad del beodo seguia barajando la idea de la muerte de su compadre y la viudez de María.

(Continuará)

VICENTE COLORADO



SEPULCRO DE EDUARDO EL CONFESOR, en la abadía de Westminster

LA LEYENDA DEL KIRGHIZ

No es esta la venturosa historia de Zadig, que refieren los viejos libros.

No es esta la cancion de Zobeida, que cantan las madres para arrullar á sus pequeñuelos.

No es ninguna de las leyendas de color de rosa, ni la del sultan de Kandahar, ni la de las montañas azules.

No es tampoco el alegre cántico guerrero de la tribu de los Beni-Vader, ni el relato de las desdichas de Nabussan, ni la balada de los reyes de Sevendib.

No es el cuento de Lobna, la criatura blanca como la leche que nació en un rio de sangre.

No es el poema de la reina Astarté, apasionada del último de sus vasallos, ni la peregrina historia de Moabdar, ni la de Satoc el aventurero.

Esta es la leyenda del Kirghiz.

Vivia feliz en el Turkestan el más mísero de los esclavos, Itobad, hijo de Arbogad y de la gentil Zurina.

Conocia el placer, que es un relámpago, y la pena, que es la sombra de la satisfaccion. Sabia que el fastidio es una enfermedad, y que el trabajo la cura; que el amor es un bien enlazado con la desdicha; que el templo del favor es grande, pero con puertas demasiado estrechas y bajas; que el dolor es pasajero, como lo son todos los goces; que la resignacion es un filtro para adormecer los pesares; que el cuerpo no es libre, pero que siempre lo es el pensamiento; que la conformidad es un bálsamo, y la codicia un monstruo insaciable; que los tesoros del corazon valen más que las preciosas piedras; y que quien puede vivir con ménos vive siempre mejor, sin necesitar de los otros ni desprenderse de la virtud.

Por estas cosas, más que por los secretos que conocia, le llamaban sabio. Su dueño era cruel, y algo todavía peor, pues era repugnante. A medida que los tratamientos de Kissel brillaban más por su crueldad, enaltecíanse con la resignacion las virtudes del esclavo.

Los hombres libres de la tribu se reunieron para libertar á Itobad. Y le dijeron á Kissel:

—Danos á tu siervo: si quieres oro por él, tendrás oro; y si no quieres oro, tendrás que tomar hierro.

Y contestó Kissel:

—Sea libre por mi voluntad.

Pero Itobad no quebrantó su cadena porque no quiso ligar el bien que se le daba con el agradecimiento á quien no lo merecia.

Y dijo:

—Muera yo en triste esclavitud, mas no se manche mi corazon, porque agradecer á Kissel es una mancha. El no ha deseado libertarme: le obliga el temor, y á mí tendria que obligarme la gratitud ó consumirme el remordimiento. Siga cada cual su senda.

Entónces, los hombres libres de la tribu mataron á Kissel, y dijeron á Itobad:

—Ya eres de los nuestros.

Pero Itobad repuso:

—No aplaudo vuestro proceder ni admito la libertad empapada en sangre. Era el fiel esclavo de Kissel, lo soy, continuaré siéndolo. Tengo mi lugar al lado de su sepulcro. No me apartaré del amo que murió sin quebrantar mi cadena y que murió por mí. Idos.

Los hombres libres no supieron dar una respuesta á Itobad. Y se retiraron silenciosos.

Y el esclavo y el amo siguieron todavía juntos, separados tan sólo por la piedra de la sepultura.

En esto, apareció la guerra, porque apareció el enemigo. Los batalladores kirghiz marcharon al combate, y les fué contraria la suerte. Perdieron su valeroso caudillo, y su vieja bandera, y su atambor sonoro.

Cejó la derrotada hueste, y se reunió junto á la tumba de Kissel, y los jóvenes y los ancianos dijeron á Itobad:

—Sé nuestro caudillo. Condúcenos á la pelea.

Y les respondió Itobad:

—Sí haré; porque está en peligro la patria, y nuestros hogares, y la tumba de mi señor; porque al resonar sobre nuestra tierra los malditos pasos del extranjero, está escrito que el criado abandone al amo, y el hijo á la madre, y el esposo á la esposa, y el amante á su adorada, y los fieles al sacerdote, y los sacerdotes al altar. Y como está escrito, ha de ser, y yo, Itobad, os conduciré á la pelea.

Y los condujo. Y rechazaron al enemigo.

Pero el enemigo volvió á la carga con triplicados refuerzos, y tras del primer escuadron llegó otro, y otro en seguida y todavía otro despues. Cinco, diez, quince, veinte hombres para cada kirghiz, veinte sables contra uno, cuarenta brazos contra dos. Y los kirghiz retrocedian matando, mas parecia que de cada uno de los muertos brotaban tres feroces vivos, y era peor matar que retroceder. Así llegaron hasta la tumba de Kissel, y sobre ella se arrodilló Itobad, herido en el pecho por una bala. Y dijo á los suyos:

—No hay cielo para los cobardes; no hay patria para los que viven mirando en ella al enemigo. ¿Qué aguardais para caer de nuevo sobre los apiñados escuadrones? ¿Hay cabezas que hendir? ¿Hay cuerpos que atravesar?

—Sí hay, le contestaron todos.

—¡Pues á ellos!

Y tornaron los kirghiz á la desigual batalla, y volvieron á retroceder. Pero Itobad les preguntó:

—¿Teneis pólvora? ¿Disparan bien vuestros fusiles?

—Tenemos pólvora, y nuestros fusiles disparan bien, respondieron los que quedaban.

—¿Pues á qué venís?

Y volvieron á cargar los kirghiz, y otra vez se retiraron. Pero Itobad les preguntó:

—¿Os quedan fuerzas? ¿Cortan bien vuestros sables?

—Tenemos fuerzas, y nuestros sables aún no han perdido el filo.

—¡Pues cortad!

Y en otra desesperada carga perdieron los kirghiz la mayor parte de su gente. Cuando Itobad los vió volver, gritóles desde léjos:

—¿Retroceden vuestros caballos?

Y los kirghiz dieron con rapidez media vuelta cayendo sobre la enorme masa de sus enemigos.

Quedaron ocho, y volvieron junto á Itobad, y éste les preguntó:

—¿Estais vivos?

—Sí, le respondieron los héroes.

—¿Pues á qué venis?

Y retrocedieron los ocho, tornando á la pelea, y ninguno pudo volver.

Entónces se aproximaron los enemigos á la tumba de Kissel, y cuando Itobad los vió llegar, les preguntó:

—¿Ya no quedan kirghiz?

—Ni uno, le respondieron; puedes entregarte.

—¿Se han batido muy bien?

—Todos cumplieron como buenos. Rinde las armas.

—¿Han peleado sin vacilar hasta el último instante?

—Sí. Te perdonaremos la vida.

—¿Habeis tenido muchas pérdidas?

—Muchas. Pero no dispares tu fusil, porque te mataremos.

—¿Hubo algun kirghiz que se mostrara cobarde?

—No. ¿Qué vas á hacer?

—Voy, dijo Itobad disparando su fusil sobre el enemigo, voy á enseñaros cómo se muere por la patria.

Cayó muerto el valiente jefe de los vencedores, y cayó Itobad acribillado á balazos sobre la tumba de Kissel.

Esta es la historia del esclavo Itobad.

Esta es la leyenda del Kirghiz.

ADOLFO LLANOS

LOS DIAMANTES

Como el aire es lo más barato por su abundancia, y tan barato que se respiraba gratis ántes del señor Camacho, el diamante es lo más caro por su escasez y rareza, á que hay que añadir su bellísimo esplendor. El diamante, el más refrangible de los cuerpos trasparentes, es por lo regular incoloro, y tan duro de suyo que puede herir el producto más firme del reino mineral, sin que ninguno, por firme y compacto que sea, lo pueda herir á él, pues sólo puede labrarse con su propio polvo, con su dureza misma: su peso es el del agua multiplicado por 3 $^1/_2$.

Y ved qué cosa; esta piedra tan preciosa que en tamaño de un adoquin bastaria para pagar de un porrazo todas las deudas nacionales, no es sino una formacion de carbono, esto es de carbon puro.

¿Dónde diablos está la ciencia de nuestros hacendistas que no sirve ni para hacer un adoquin de formacion tan simple como barata? Amasar el carbon lo haria cualquiera de ellos sin tiznarse: el *quid* está en dar al carbon lo que técnicamente se llama brillo adamantino.

Y no es chanza: desde Newton, que estudiando las propiedades ópticas del diamante, previó que era combustible; desde Lavoisier y Davy, que por la combustion lo trasformaron en ácido carbónico, hasta los químicos contemporáneos, que por medio de una corriente eléctrica, lo han trasformado en un carbon idéntico al de uso comun, todos los hombres competentes han reconocido esa identidad entre el carbon y el diamante.

Pero como en el estado actual de la ciencia, todavía no da la encina tanto que dé palmas, aunque la industria sí da ya pedrería muy bien falsificada, habremos de ir á la India, al Brasil, á la Siberia por diamantes, ateniéndonos á lo poco que en esta materia da de sí la madre naturaleza

Ministerio de Cultura 2006

EL PRIMER CUARTETO FEMENINO AUSTRIACO

El diamante cristaliza siempre casi en todas las formas del sistema cúbico y particularmente en la del octaedro. Hállase en los terrenos de aluvion, provinientes de los despojos de antiquísimas rocas arrastrados por las aguas.

En las cercanías de Golconda, en Bengala y en Borneo hay muy ricos terrenos diamantíferos; pero las minas del Brasil, descubiertas á principios del siglo XVII, alimentan al presente el comercio de diamantes de todo el mundo, exportando anualmente para Europa de cinco á seis kilógramos de estas piedras en bruto, que quedan reducidas á unos ciento ochenta gramos luégo de labradas.

En el Brasil se buscan los diamantes triturando los pedruscos cuarzosos y lavando luégo este cascajo más ó ménos desmenuzado. Brigadas de esclavos, hambrientos y azotados, agitan el material en el agua dentro de un recipiente bien cerrado, hasta encontrar la dichosa piedra, que no se encuentra todos los dias, ni todos los años á veces, como si consciente de su valía, se complaciera la piedra en hacerse esperar.

¡Alabado sea Dios! exclama por ordenanza el infeliz que tiene al cabo el feliz hallazgo. Y entrega la riqueza al sobrestante, y continúa esclavo, hambriento y áun azotado, buscando sin tener ocasion de alabar á Dios hasta otro año.

Pero hasta que se supo tallarlo, no adquirió el diamante todo su valor, pudiendo decirse que entónces se descubrió por segunda vez. En efecto, por esta labor adquiere en su más alto grado la potencia refractaria y la propiedad de multiplicar y dividir al infinito sus radios luminosos al través de sus facetas. No es esto decir que no se labrara antiguamente: en bruto, sin su esplendor latente no se hubiera apreciado nunca; ese esplendor salió afuera al toque ó conjuro del arte, pero hasta siglos recientes sólo se labró el diamante de un modo irregular y grosero.

A principios del siglo XV el arte de tallar diamantes estaba ya muy adelantado, siendo notables los trabajos del joyero Kermann, y á fines del mismo siglo le dió mayor perfeccion el diamantista Berquem, el cual hubo de imaginar los procedimientos modernos.

El diamante se talla con un instrumento de acero dulce cubierto de polvo diamantino, polvo que se obtiene frotando entre sí los diamantes en bruto que se resisten al corte.

Actualmente sólo se tallan diamantes de dos modos: *á la rosa*, forma exclusiva de las piedras pequeñas, ó *á brillante*, forma de las grandes, y por consiguiente la más estimada. En la primera forma, la parte aparente de la piedra es una pirámide guarnecida de facetas triangulares, miéntras la otra parte es perfectamente plana y entra en el asiento del engaste. En la otra forma, que hace más refractaria la potencia diamantina, la parte superior de la piedra presenta una cara circuida de facetas, triangulares tambien y en losange; la otra parte ofrece la forma de una pirámide igualmente de facetas y truncada por otra cara pequeña. Esta última forma está montada al aire dejando ver así casi toda la piedra.

El precio del diamante es necesariamente caro, pues á los grandes gastos de explotacion (perdida muchas veces, pues muy pocas se encuentra lo que con tanto afan se busca) hay que añadir la dificultad de labrarlo y la cuantiosa pérdida que de la labor resulta. Este precio, siempre alto, varía segun la limpidez de la piedra, la forma en que está tallada y su tamaño, sobre todo. Los diamantes en bruto coloreados ó manchados, que sólo sirven para polvo, valen de 120 á 140 reales quilate; los diamantes en bruto, pero laborables, valen unos 190 reales quilate, cuando no pasan del quilate; en pasando se evalúan por el cuadrado de su peso multiplicado por 48. Ahora bien, los diamantes labrados se estiman por su tamaño y la forma en que están tallados.

Los diamantes cristalizan el reposo de los siglos en muy pequeñas formas, que todavía menguan al desgaste de la lima. Sin embargo, como otras ocho maravillas, hay ocho diamantes, ocho no más en todo el mundo, célebres por su tamaño relativamente enorme. Estas preciosísimas piedras son: el *Regente*, el *Radjah*, el *Nizam*, la *Montaña de luz*, el *Orlow*, el *duque de Toscana*, la *Estrella del Sur* y el *Rey de Portugal*.

El más bello diamante del mundo es el *Regente*, rayo de luz cuajado ó condensacion de luz, ó luz presa en un engaste. Se halló á 45 leguas al Sur de Golconda y pesaba en bruto 410 quilates, quedando reducido á 137 despues de labrado, labor pacientísima y delicada que duró 760 dias ó sean dos años largos. Se compró en bruto por 1.250,000 reales; se gastaron en labrarlo 500,000, y en 1717 lo adquirió el duque de Orleans por 13.500,000 reales. Actualmente se valúa en 32.000,000 de reales. (8.000,000 de francos). El *Regente* está tallado á brillante.

Otra piedra preciosísima es el diamante del *Radjah* de Mattan en Borneo, que pesa en bruto, en cuya forma primitiva se conserva, 318 quilates y se valúa en unos 16.000.000 de reales.

El *Nizam*, que posee la familia reinante de Golconda, está en bruto tambien y pesa 340 quilates, valuándose en unos 20.000,000 de reales.

La *Montaña de luz* es una piedra de extraordinaria extension, aunque de poco espesor; pero tiene aguas magníficas y peso de 186 quilates, valuándose en unos 20.000,000 de reales.

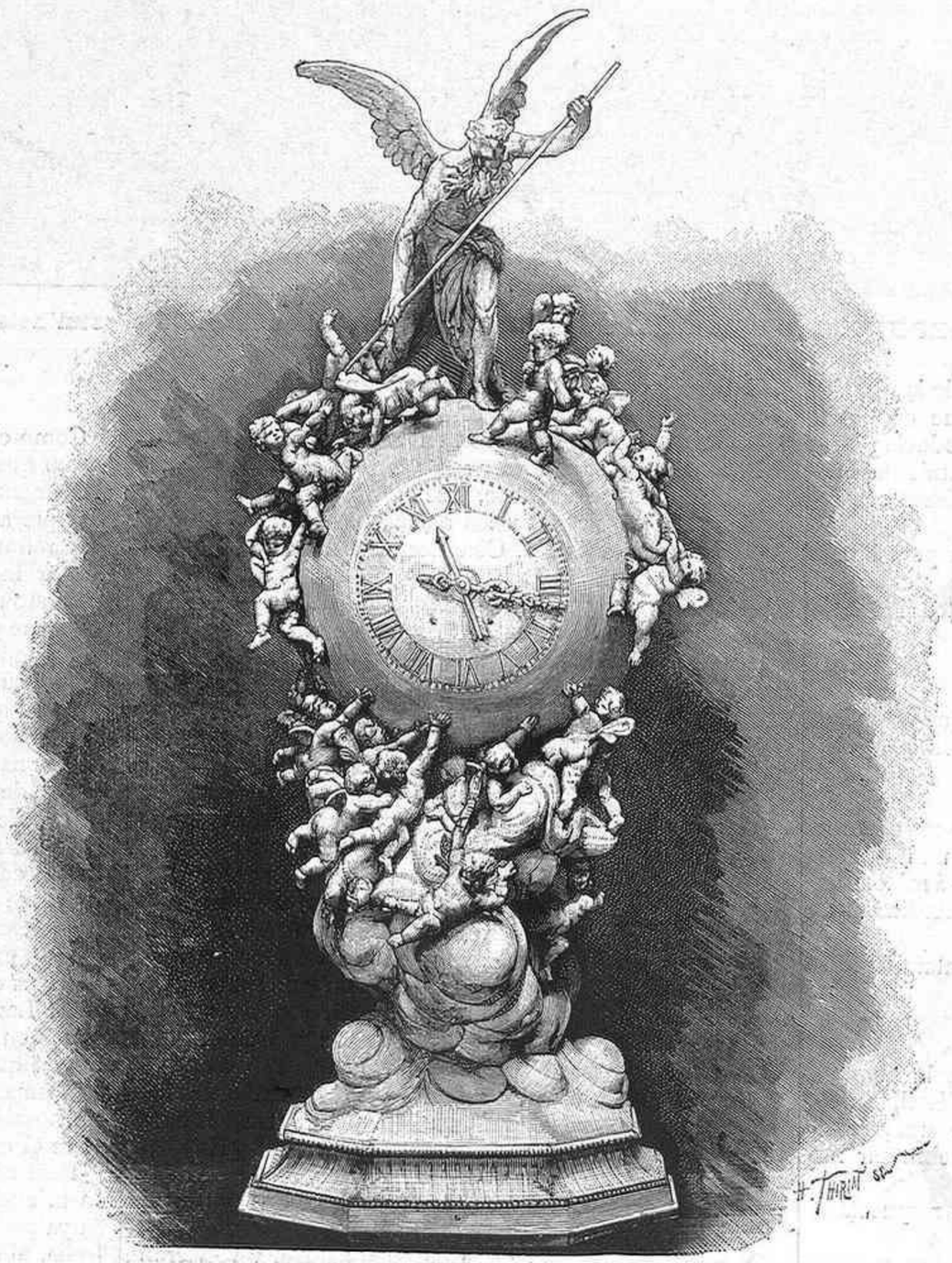
El *Orlow* es el diamante de los Czares de Rusia y tiene el tamaño de un huevo de paloma. Esta riquísima piedra, que formaba en otro tiempo el ojo que le quedaba á un ídolo de Brahma, fué robada por un soldado francés de guarnicion en las posesiones de Francia en la India. Este soldado, inconsciente del cuantioso valor de su sacrílego hurto, vendió la piedra por sólo 200,000 reales. Más avisado el comprador lo vendió á su vez con prima cuantiosa; y pasando así de mano en mano, llegó á las de Catalina II que lo adquirió por unos 9.000,000 de reales y una pension vitalicia de 300,000. El Orlow está tallado en facetas y adorna el cetro de los Czares.

El *gran duque de Toscana*, diamante engarzado en la corona imperial de Austria, pesa 139 quilates y medio: es americano y tiene muy bella forma. Esta piedra, aunque preciosísima tambien, se adquirió gratis: el último duque de Borgoña, á quien pertenecia por adquisicion harto onerosa, hubo de perderla el malhadado en la sangrienta batalla de Morat, donde se la encontró el emperador de Austria.

La *Estrella del Sur*, que una negra, esclava, hambrienta y azotada, se encontró en la provincia de Minas Geraes, en el Brasil, pesaba en bruto 254 quilates, quedando reducida por la labor á 125. Hasta hace algunos años era propiedad de un rico joyero de Paris.

Por último, el rey de Portugal diz que posee un diamante tamaño como un huevo grande de gallina, con peso de 1680 quilates. Esta escandalosa piedra seria el rey de los diamantes, si fuera de límpido esplendor; mas por desgracia es de luces amarillas, lo que le hace desmerecer mucho en el mercado. Con todo eso se valúa en 900.000.000.000.000.000.000.000.000.000 de reis.

CECILIO NAVARRO



EL TIEMPO PRECIPITANDO LAS HORAS, reloj modelado por Gustavo Doré

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON

(c) Ministerio de Cultura 2006